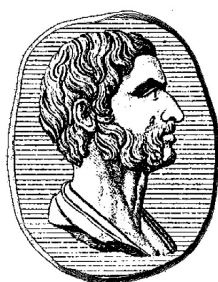


RES PVBLICA LITTERARVM

Documentos de trabajo del grupo de investigación 'Nomos'



Lucio Anneo
SÉNECA

Instituto de Estudios Clásicos
sobre la Sociedad y la Política

Suplemento monográfico “Tradición Clásica y Universidad”

2008-09

Consejo de redacción

Director:

Francisco Lisi Bereterbide (Universidad Carlos III de Madrid)

Secretario:

David Hernández de la Fuente (Universidad Carlos III de Madrid)

Comité de redacción:

Lucio Bertelli (Università di Torino)

Miguel Ángel Ramiro (Universidad Carlos III de Madrid)

Fátima Vieira (Universidade do Porto)

Ana María Rodríguez González (Universidad Carlos III de Madrid)

Franco Ferrari (Universidad de Salerno)

Jean François Pradeau (Paris X- Nanterre)

Edita:

Instituto de Estudios Clásicos "Lucio Anneo Séneca"

Universidad Carlos III de Madrid

Edificio 17 "Ortega y Gasset"

C/ Madrid, 133 - 28903 - Getafe (Madrid) - España

Teléfono: (+34) 91 624 58 68 / 91 624 85 59

Fax: (+34) 91 624 92 12

Correo-e: seneca@hum.uc3m.es

D.L. M-24672-2005

ISSN 1699-7840

Autor: Instituto Lucio Anneo Séneca

Editor: Francisco Lisi Bereterbide

LA ENSEÑANZA UNIVERSITARIA DEL GRIEGO Y SU VALORACIÓN SOCIAL

Luis Gil Fernández

(Universidad Complutense)

El griego es al gran ausente del siglo XV español, que obras tan importantes en la gramática y la lexicografía latina legó a la posteridad. Extraña, por ejemplo, que un humanista de la talla de Alfonso de Palencia, que figuró en su juventud entre los familiares del cardenal Besarión y fue discípulo de Jorge de Trebisonda, guarde en sus obras sobre esta lengua un sepulcral silencio. Extraña también que no se encuentre con respecto a la lengua de Homero correlato alguno a aquello de “el que latín no sabe, asno se debe llamar de dos pies”^[1], como exponente de la valoración social del dominio de la lengua latina. Tampoco puede considerarse título de especial de gloria el hecho de que los primeros caracteres griegos impresos en la península se encuentren en la impresión barcinonense de los *Rudimenta grammaticae* de Nicolaus Perottus^[2] terminada el 12 de diciembre de 1475 por Juan de Salzburgo y Paulo (Hurus) de Constanza^[3]. Fue Dennis E. Rhodes quien dio a conocer en 1956 la adquisición de un ejemplar de esta obra por el British Museum el año anterior,^[4] probablemente el desaparecido de la Catedral de Zaragoza, y quien demostró en 1960^[5], en contra de la opinión de Robert Proctor^[6], que no eran los de la Políglota de Alcalá de 1514 los primeros tipos griegos impresos en España, sino los que aparecen en términos aislados en 24 folios de esta obra, que imitan los existentes en la edición romana de De Lignamine, pero se acomodan mejor al tamaño de las letras romanas (unos 111 mm.)^[7].

Se conoce por el testimonio de Diego López Zúñiga^[8] y el de Lucio Marineo Sículo^[9] que el portugués Aires Barbosa, que había sido discípulo del Poliziano en Florencia, se hallaba en Salamanca después de 1490 y que enseñaba griego desde 1495,

lo que no se puede comprobar documentalmente en la ausencia para ese período de los Libros de Claustros de la Universidad, en los cuales aparece por primera vez el 1 de mayo de 1503 entre los catedráticos que prestan juramento para el curso siguiente^[10]. Sabemos que el arcediano de Reina, maese Rodrigo de Santaella, fue uno de los primeros españoles que tuvo nociones de griego, de las que dejó constancia en la doble traducción latina y castellana de una epístola de Juliano el Apóstata y otra de San Basilio a dicho emperador, que presentó como *primitias meorum in grecis litteris laborum* al final de la primera edición (Sevilla, 1499) de su *Vocabulario eclesiástico*. Otro español, como vamos a ver, que a finales del XV tuvo algunas nociones de griego fue Elio Antonio de Nebrija.

Excepción hecha de las reediciones de los *Rudimenta grammaticae* de Nicolaus Perottus, las letras griegas vuelven a reaparecer en el epigrama en griego que se encuentra en el *Iuris civilis lexicon* de Nebrija (Salamanca, 1506, reed. J. Perona, Salamanca 2000, RF 57)^[11] cuyos caracteres muestran tan gran semejanza con los del *De litteris graecis* (Brocar, Logroño, ca. 1507, N 392)^[12] de Nebrija y la *Isagoge literarum grecarum* (Brocar, Alcalá de Henares, 1512, N 18, MA 19)^[13] que Frederick J. Norton^[14] ha sospechado que pudieran haber sido diseñados por la mano de Nebrija. Se trata de caracteres venecianos arcaizantes como indica José Simón Palmer^[15]. Ambas obras fueron los primeros intentos de preparar el acceso al conocimiento del griego, en estrecha conexión con la edición de la Biblia Políglota.

En la docencia universitaria de la lengua griega en España durante el siglo XVI cabe distinguir tres fases: la de instauración, la de consolidación y la de expansión. La primera corresponde a las tres primeras décadas del siglo XVI. En Salamanca enseñan durante este período Aires Barbosa (de 1495 a 1523) y Hernán Núñez de Guzmán (de 1523 a 1548)^[16]. En Alcalá, Demetrio Ducás (1513 a 1518), un humanista cretense ex colaborador de Aldo Manucio a quien Cisneros asoció a los trabajos de la Políglota, Hernán Núñez de Guzmán (de 1519 a 1521), comendador de la orden de Santiago, antiguo discípulo de Nebrija y colaborador también de la Políglota, a quien el fracaso de los Comuneros le obligó a buscar refugio en Salamanca en 1522, y Francisco de Vergara (1521-1541), persona de valía, aunque menos brillante que su hermano Juan, también helenista, secretario de Alonso de Fonseca y perseguido por la Inquisición.

Sin el respaldo de una tradición universitaria secular como sus colegas salmantinos, estos pioneros del helenismo en Alcalá suplieron con su entusiasmo y con su propio bolsillo la falta de textos escolares. Demetrio Ducás preparó una edición de los *Erotemata* de Chrysoloras (Alcalá de Henares, Arnaldo Guillén de Brocar, 1514, MA 31), que ponía en manos de los alumnos una gramática elemental en forma de preguntas y respuestas, y otra del *Opusculum de Erone et Leandro* de Museo (Alcalá de Henares, 1514, MA 32), que les proporcionaba un texto poético de cierta extensión para iniciarse en la traducción directa. Hernán Núñez de Guzmán, cuando ocupó la cátedra de su predecesor, publicó el título de *De moribus institutiones ad nepotes* (Alcalá de Henares, A. G. de Brocar 1519, MA 80) de San Basilio Magno, con versión latina interlineal, y el poema de Mosco, *Circa Helenam et Alexandrum* (Alcalá de Henares, A. G. de Brocar, 1519, MA 83). Francisco de Vergara, asimismo, publicó en 1524 (Alcalá de Henares, Miguel de Eguía, MA 123) una *Anthologia Graeca* con textos de Luciano, Jenofonte, Isócrates, Demóstenes, Libanio, Gregorio Nazianzeno y algunos epigramas. Ese mismo año editó las Epístolas del Nuevo Testamento en griego (MA 135), que fueron destruidas por la Inquisición. Fue autor además de unos *De Graecae linguae Grammatica libri quinque* (Alcalá, Miguel de Eguía, 1537, MA 284) que mereció reimprimirse repetidas veces, dentro y fuera de España, a lo largo del siglo XVI^[17].

En este primer período se crea en 1524 la cátedra de griego en el *Studi general* de Valencia, que ocupa de 1524 a 1528 y de 1530 a 1531 Cosme Damián Çavall^[18], discípulo en Valencia de Juan Andrés Strany y de Nebrija en Alcalá. De 1528 a 1530 la regenta Pedro Juan Olivar^[19] que se había iniciado en esta lengua en París y en Alcalá. Su erasmismo militante, que le hacía incompatible con el poderoso doctor Celaya, y un posible origen judío le obligaron a emigrar, con lo que Valencia quedó privada de uno de sus más prometedores humanistas. En 1528 se funda en Alcalá (dos años después que el de Lovaina y dos antes que el Collège de France) el Colegio Trilingüe de San Jerónimo con cuatro becas respectivamente para el latín, el griego y el hebreo.

La consolidación de la docencia del griego se extiende de 1530 a 1560, un período que corresponde al de mayor demanda de educación universitaria en el país. A la cátedra única de lengua griega se le añaden en Alcalá y Salamanca una o dos nuevas ‘catedrillas’ o ‘partidos’, con lo que su estudio se articula, como el del latín, en los tres

grados de ‘menores’, ‘medianos’ y ‘mayores’. En Alcalá está atestiguada esta división por lo menos desde 1539, en Salamanca desde 1549. En Valencia a partir del curso de 1547-8 se organiza la enseñanza en dos grados con dos cátedras, una principal y otra secundaria, que a partir de 1585 se llamarían de ‘principios’ y de ‘construcción’. Los profesores de Alcalá que sucedieron a los helenistas pioneros no tuvieron ni la talla, ni el entusiasmo de éstos. Entre ellos sólo merece citarse a Álvar Gómez de Ciudad Real, que pasó a la cátedra de mayores en 1543 después de haber ocupado la de menores desde 1539. En Salamanca, después del largo período docente de Hernán Núñez de Guzmán, se encarga de la cátedra de prima León de Castro (1548-1576), enconado enemigo de los biblistas salmantinos y acérrimo censor de Arias Montano^[20].

En Valencia, en cambio, es éste el período florido del griego^[21], con profesores de la talla de Miguel Jerónimo Ledesma, que regenta la cátedra después del fallecimiento de Çavall de 1531 hasta su muerte en 1547, salvo en el curso de 1545-46 en que fue sustituido por Juan Navarro. Le siguen Pedro Jaime Esteve (1545-46), Pedro Juan Núñez (1547-8) y Juan Lorenzo Palmireno (1561-1565). Un rasgo típicamente valentino es la vinculación de la cátedra de griego con la enseñanza de la medicina. Miguel Jerónimo de Ledesma, que fue discípulo de Çavall en Valencia y de Francisco de Vergara en Alcalá, se doctoró medicina en 1536. En sus clases se servía de textos de Hipócrates y de Galeno y su influjo fue decisivo para “el cambio de orientación a favor del galenismo ‘humanista’ frente el galenismo arabizado bajomedieval”^[22]. Médico también fue Pedro Jaime Esteve, que en el curso de 1547-48 se encargó de la enseñanza de principios, en tanto que asumía la de construcción Pedro Juan Núñez, quizá el humanista valenciano de mayor envergadura y sin duda alguna el helenista español más importante del siglo XVI^[23].

El período de expansión de la enseñanza del griego (1560-1600) es también el del comienzo de su decadencia. Sobre el modelo alcalaíno se funda el Colegio Trilingüe de Salamanca en 1555 con doce colegiales en cuyo número figuraban el rector y el vicerrector, que eran respectivamente regentes de griego y hebreo, con la obligación cada uno de impartir dos lecciones diarias de su materia en la Universidad. El exceso de trabajo y la escasa dotación económica determinaron el fracaso de la institución. Suprimido el Colegio en 1588, se reabre en 1594 para ser de nuevo clausurado en 1598. Los profesores alcalaínos de la materia carecen de relevancia, como hemos señalado

arriba. En Salamanca enseñan León de Castro (1548-1576) y Francisco Sánchez de las Brozas (1576-1600), más inclinado al latín que al griego. En Valencia, siguiendo la costumbre, se encargaron de su docencia los médicos Juan Bautista Cantos (1578-1600), que ocupó la cátedra de ‘construcción’, Jerónimo Polo (1565) y Jerónimo Boninfant (1583-1586) que desempeñaron la de ‘principios’.

En Valladolid se dota en 1564 una cátedra de nuestra materia, con la obligación de dedicar una hora a principios y otra a construcción, que se mantuvo a trancas y barrancas hasta 1571. En 1580 la Universidad confió a la Compañía de Jesús la docencia de griego, gramática (latín) y retórica por 300 ducados anuales. En 1591 se suprimió la enseñanza de la lengua griega. En la Universidad de Toledo^[24] se crea asimismo una cátedra de griego que fue regentada de 1580 a 1584 por el flamenco Andrés Schott. Este mismo humanista fue contratado en 1584, juntamente con Pedro Simón Abril, para impartir latinidad, retórica y griego en la Universidad de Zaragoza, recién fundada en 1583 por Pedro Cerbuna, pero en esta ciudad como en tantas otras la enseñanza de nuestra lengua fue intermitente. Así ocurrió en Barcelona. En 1544 se acordó en el *Estudi General* instaurar una cátedra de griego, pero su retribución era tan poco tentadora que en 1583 los ‘Consellers’ del municipio pidieron al general de la Compañía de Jesús cuatro religiosos para encargarse de su docencia y de las clases de gramática y retórica. En las nuevas ‘Ordinations’ para el *Estudi General* de 1596 se prescribe la provisión temporal por designación, no por oposición de dicha cátedra y se obliga al docente a explicar una hora de gramática por el texto de Clenard y dedicar otra a la lectura y comentario de textos.

Como se ha podido ver, la lengua griega estuvo relativamente bien representada en nuestras Universidades durante el siglo XVI. El excelente estudio de José López Rueda^[25] nos ha dado a conocer la existencia nada menos que de 63 profesores de dicha materia: 21 en Salamanca, 15 en Alcalá, 15 en Valencia, 6 en Zaragoza, 3 en Valladolid y 3 también en Barcelona. A ellos se deben agregar los docentes de los 43 colegios de la Compañía de Jesús que había en España a finales del siglo XVI, pues a pesar de las iniciales prevenciones de San Ignacio contra la lengua de Homero nacidas de su experiencia estudiantil en París, donde había constatado la difusión del luteranismo entre los helenistas (*qui graecizabant lutheranizabant*)^[26], el griego fue incluido en las Constituciones de la Compañía de 1558 y figuró tanto en las redacciones provisionales

de la *Ratio atque institutio studiorum* de 1586 y 1591 sometidas a consulta, como en su versión definitiva de 1599^[27].

La presencia del griego en el *curriculum* escolar no fue acompañada por el éxito. El poco tiempo dedicado a su estudio, dos o tres años a lo sumo, era insuficiente para alcanzar un grado mínimo de comprensión de los textos. Por añadidura, la enseñanza de la gramática se hacía en latín y hasta finales de siglo no se impuso la tendencia a impartir las clases en castellano. A los pobres resultados del aprendizaje contribuía también la desacertada pretensión de que los alumnos alcanzasen la competencia activa de la lengua, es decir, que escribieran y se expresaran correctamente en griego, como se hacía con el latín. Fue preciso acercarse al final de la centuria para que Pedro Simón Abril hiciera extensiva al griego la célebre paradoja del Brocense de que *Latine loqui corrumpit ipsam latinitatem* y concluyese sobre ambas lenguas que “usallas ni hablando ni escribiendo casi ia no se puede hazer sin destruillas”^[28].

Como cabe colegir, la difusión del conocimiento del griego, al menos en sus rudimentos más simples, sería correlativa al número de sus focos de enseñanza y al de los estudiantes que a ellos acudían. Pero a veces fue incluso mayor de lo que *a priori* podría esperarse. Juan Gil^[29] ha publicado recientemente una carta que el mercader Gonzalo García envió desde Sevilla el 23 de diciembre de 1530 a Alonso Fernández, vecino de Amberes, en la que emplea las letras del alfabeto griego como ingenua cifra para ocultar a lectores indiscretos las dudas que le asaltaban a la hora de elegir esposa. En esas fechas en Sevilla no había cátedra de griego, lo que presupone que el tal Gonzalo García se iniciara en su estudio en Alcalá o Salamanca o que hubiera recibido, como acaudalado converso que era, lecciones de algún licenciado en dichos centros. En ese mismo trabajo Juan Gil llama la atención sobre la existencia de varias obras griegas en el inventario que se hizo a la muerte del librero Sebastián de Lavezaris el 21 de julio de 1532 y en el del también librero e impresor, Juan Cromberger, el 2 de septiembre de 1540, establecidos ambos en Sevilla.

Exceptuadas las reservas de cierta parte del clero sobre los helenistas (extensivas también a los muy latinos) a las que nos hemos referido *supra*, se puede concluir que el aprendizaje del griego era acogido por el alumnado con mayor simpatía que el del latín. Al menos la novedad de su introducción en la escuela no se había prestado al secular rechazo de la juventud a los tediosos métodos pedagógicos de los ‘gramáticos’. Si de refranes creados por el gracejo juvenil relativos a la lengua del Lacio la paremiología española abunda, no ocurre lo mismo con el griego en este período^[30]. Viene en apoyo de esta presunción el testimonio del autor del *Viaje de Turquía*. Bien conocidas son sus

críticas al “arte del Antonio” como “el pecado original de la barbarie que a todos nos ha tiñido”^[31], a sus horribles versos como “aquel de *gurges, merges, verres, sirinx et meninx, et inx* que parecen más palabras de encantamiento que de doctrina”, y semejan a los “salmos del salterio, que quanto más oscuros son más claros”, como aquello de “la hembra y el macho asientan el género sin que ninguno se lo enseñe” ^[32], al absurdo, en suma, de tener al “pobre estudiante tres o quatro años decorando aquella borrachería de versos”^[33] sin enseñarle latín. En cambio, frente a esta equivocada pedagogía de la lengua latina, Pedro de Urdemalas afirma que llegó a Grecia con un buen conocimiento de la lengua griega, aunque con una defectuosa pronunciación (la erasmiana): “La mayor dificultad que para la lengua griega tube fue el olvidar la mala pronunciación que de acá llebé, y sabía hablar elegantemente y no me entendían. Después hablando grosero y bien pronunciado hera entendido”^[34].

En el siglo XVII la enseñanza de la lengua griega decae vertiginosamente como muy circunstanciadamente ha expuesto Enriqueta de Andrés^[35]. En Alcalá hubo hasta 1615 tres cátedras, pero con la reforma de Portocarrero (15-II-1615) se reducen a una, con la obligación de impartir diariamente dos lecciones, una de morfología por el “Arte de Bergara o Clenardo” y otra de sintaxis o construcción por el “libro tercero de Vergara o Barenio”. Se ordenó proveerla por períodos de seis años, al cabo de los cuales se publicaban edictos para su nueva provisión. En 1640, visto que los gastos del Colegio Mayor de San Ildefonso superaban los ingresos, se decidió no proveerla, aceptando la propuesta el catedrático de hebreo Francisco de Porres, que se había ofrecido a desempeñarla gratuitamente si se le acumulaban el título, el examen y preeminencias de la misma. Con la reforma del doctor García de Medrano (27-VIII-1665) se rebajó un diez por ciento el sueldo de todos los profesores, pese a la incesante inflación. El último catedrático del siglo XVII, Miguel de la Portilla, nombrado el 11-XI-1695, como no tenía oyentes, tuvo que renunciar al sueldo y conformarse con los derechos de examen de los alumnos que pasaban a oír sumulas.

No muy diferente fue la evolución de la Universidad de Salamanca. Las reformas de Juan Álvarez de Caldas (1604), Gilimón de la Mota (1618) y Diego de Rivera (1653) mantuvieron el *statu quo* del siglo XVI. Siguió habiendo tres catedrillas con la ridícula retribución de 12.000 maravedís para los menores, 30.000 para la de medianos, ya que tenía la obligación de impartir dos lecciones diarias, y 30.000 para los mayores. En

1680, se reunieron todas ellas para crear una cátedra en propiedad remunerada con 67.000 maravedís. El primero que la ganó por oposición fue Juan Interián de Ayala, uno de los primeros miembros de la Real Academia Española que tuvo una picante relación epistolar con el deán Martí^[36] Como nota curiosa se debe mencionar la restauración del Colegio Trilingüe en 1650.

En el *Studi General* de Valencia se mantuvieron las dos cátedras del siglo anterior, la de gramática, abecedario o principios y la de construcción, prima o reptición, cuyas enseñanzas se rigieron por las *Constitutions* de 1611. Algunos de sus regentes fueron también médicos como Vicente Salvador (1622-1625), Francisco Segura (1633 -?), Juan bautista Orivay y de Monreal (1658-1683), Matías Domingo (1668-1695) y Gaudencio Senach ((1683-1694). También se mantuvo la cátedra de griego en el *Estudi General* de Barcelona regida por las *Ordinations* de 1596 que disponían que no saliera a oposición y permitían, dada la escasez de su salario y la alta capacitación requerida para regentarla, encargarla a sujetos competentes, aunque no fueran graduados universitarios, y acumularla a otras cátedras, lo que estaba rigurosamente prohibido en las demás. Las *Ordenacions* de 1629 dejan estar las cosas como estaban, aunque reducen el salario de los profesores en 10 libras anuales. Las de 1638 exigen oposición previa y limitan a tres años el período de la regencia.

La decadencia de los estudios helénicos en el siglo XVII se deja ver no sólo en la calidad sino en el número de los profesores universitarios. Enriqueta de Andrés ha dado a conocer la existencia de 41 profesores universitarios: 19 en Salamanca, 11 en Alcalá, 10 en Valencia y 1 en Barcelona. Las ridículas retribuciones no sólo ahuyentaban las posibles vocaciones, sino incitaban al abandono de las cátedras sin tomarse siquiera la molestia de notificar al claustro la renuncia a ellas. La prosa burocrática salmantina acuña para denominar la cátedra que así quedaba vacante la expresión de "vaca por dejación". Salvo Baltasar Céspedes (1609-1615)^[37], casado con una hija del Brocense, y Gonzalo Correas (1598-1630), los demás profesores salmantinos no dejaron sino una ligera huella de su paso por la Universidad. Y lo mismo ha de decirse de los profesores nativos que pisaron las aulas de nuestras Universidades: Constantino Sofía^[38] que enseñó en Alcalá (1628-1631), y los que lo hicieron en Salamanca, Neófito Rodinós (1611-1615) y Diógenes Aramonaris (1617-1618).

El mismo descenso en relación con la centuria anterior se da en la edición de textos gramaticales. En el siglo XVI vieron la luz la *Grammatica* de Francisco de Vergara (1537), el *Compendium* de Miguel Jerónimo Ledesma (1545), las *Institutiones* (1555), el *Alphabetum* (1575), y la *Grammatistica* (1589) de Pedro Juan Núñez, la *Introductio* de Fernando Valdés (1555), El *Enchiridion* de Juan Lorenzo Palmireno (1558), la *Introductio* de Juan de Villalobos (1586), la *Grammatica* de Francisco Sánchez de las Brozas (1581), *La gramática griega escrita en lengua castellana* (1586) de Pedro Simón Abril y el *De destructione* de Francisco Escobar (1547). Todas ellas salvo la del Brocense que editó Plantino en Amberes compuestas en las ciudades universitarias donde se enseñaba la lengua griega.

Frente a esos once libros de texto, en el siglo XVII sólo se publicaron los *Grammatici canones* (1600), el *Arte griega* (1627) y el *Trilingüe de tres lenguas, castellana, latina y griega* (1627) de Gonzalo Correas, el *Tirocinium Linguae Graecae* (1611) de Pedro Juan Núñez, el *Compendium* del jesuita Jacobo Ramírez, que sirvió de libro de texto en el Colegio Imperial y fue la primera gramática griega impresa en Madrid, y al *Gramática de la lengua griega en idioma español* (1676) de fray Martín del Castillo, pensada para su uso en la América española. En total seis obras de muy escasa entidad, lo que representa un descenso en la producción editorial de casi el cincuenta por ciento.

Ahora bien si las meras cifras son fiel reflejo de la desatención de las autoridades académicas a la lengua de Homero, no lo son del desinterés del alumnado por aprenderla, y de la indiferencia, cuando no desprecio, de la sociedad por ella. Si en 1560 fue preciso crear en Salamanca dos cátedras de medianos para atender a la gran demanda estudiantil, en el siglo XVII era preciso que el rector invitara a todos los conventos de la ciudad a enviar, por el aquel de hacer bulto, dos frailes cada uno a las clases de griego. Ya desde comienzos de siglo la tipografía griega brillaba por su ausencia en nuestro país. Juan de Mariana en su *De ponderibus et mensuris* se quejaba en 1599 de que era imposible fundir no ya caracteres hebraicos, sino griegos. Y añadía: Sic sunt re nostrae. *Quotus quisque eas elegantias curat?*^[39] Baltasar de Céspedes, al publicar la relación de las honras fúnebres que la Universidad de Salamanca dedicó a Margarita de Austria, advierte que en la publicación de las poesías premiadas en el certamen convocado al efecto, fue imposible incluir las griegas, porque “para

imprimirlas no se hallan caracteres en Salamanca”^[40]. Y fray Francisco de Roys, al dar a la imprenta las demostraciones de júbilo con que celebró la Universidad salmantina el nacimiento del príncipe Carlos en 1658, se permitía este melancólico comentario^[41]:

“Más fácil es en Salamanca saber lo que se escribe que escribir lo que se sabe, que aunque para lo usual Latín y Castellano están las emprentas oy bastantes y mejores que han estado de algunos años a esta parte [...] para otras lenguas todas duran menesterosas de caracteres, y en la caída que han dado estos estudios en nuestra España, más extraño que aún conserue Salamanca quien las sepa enseñar que el que falte quien las sepa imprimir.”

Es la época en que frente al griego se finge ese desprecio a lo ignorado tan típicamente castellano, a la manera de un personaje de Lope de Vega^[42]:

Porque yo nunca he tenido
el saber latín ni griego
por habilidad, pues es
lo mismo saber francés
que lo sabe cualquier lego.

O bien se repiten los tópicos sobre la supuesta soberbia de los helenistas extranjeros que les habría precipitado en la herejía. Así, a la hora de elegir marido, replica doña Inés^[43] a un pretendiente que se las daba de docto en latín y griego.

Apruebo el latín y el griego:
aunque el griego más que sabios,
engendrar suele soberbios.

Es también la época en que un hombre culto^[44] y conocedor de la lengua de Platón podía desahogar su amargura con estas tremendas palabras:

“Parece que en aborrecer las letras (especialmente la lengua griega, fuente de todas las disciplinas) diferenciaron poco los españoles de los cartaginenses que mandaron, so pena de muerte, ninguno deprendiese la lengua griega.”

Los estragos de la Guerra de Sucesión (1701-1714), librada en territorio español sobre todo desde 1703, aparte de completar la ruina económica del país, sumieron a España en el caos^[45]. Más de medio siglo sería necesario para que el país

levantara la cabeza y el griego, como no podía ser de otra manera, durante ese largo período desaparece casi por completo de la enseñanza universitaria. De la postración cultural en que quedó sumido el país da buena cuenta el deán Martí, tanto en su epistolario latino, como en el castellano^[46].

El excelente estudio de Concepción Hernando Martín^[47], que tantas novedades dio a conocer sobre el helenismo español del siglo XVIII, dejó bien claro que sólo en Salamanca se cubrió en su transcurso la cátedra de griego con regularidad. Fueron sus titulares Carlos Elizondo (1700-1726), Manuel Sánchez Gavilán (1726-1764), fray Bernardo de Zamora (1764-1785)^[48] y José Ayuso Navarro (1785-1798). De todos ellos fue fray Bernardo quien dejó mejor recuerdo como un docente entusiasta, que prolongaba las clases en su celda. Compuso una gramática que tuvo gran aceptación y fueron discípulos suyos Casimiro Florez Canseco, el más grande de los helenistas dieciochescos, que llegaría a catedrático de griego en los Reales Estudios de San Isidro y el poeta Juan Meléndez Valdés, cuya primera poesía publicada, apareció en la Gramática griega de Ortiz de la Peña^[49]. En cambio, no se cubre en Alcalá desde el fallecimiento del doctor Portilla en 1698 hasta 1724, en que la ocupa, de un modo tal vez nominal, Francisco Pastor hasta su muerte en 1764. Entre Carlos III, el Consejo el Reino y la Universidad, empeñados los primeros en restaurar los estudios de las lenguas sabias y ésta en hacer su santa voluntad, hubo un intercambio de oficios y comunicados^[50] que culminó en 1772 con el nombramiento del carmelita Miguel Azero para la regencia de la cátedra de griego. En ella se mantuvo probablemente hasta 1788. En 1792 la ganó en propiedad por oposición Cayetano Pareja.

El haber abrazado la causa del Archiduque de Austria tuvo funestas repercusiones para nuestra materia en Cataluña y Valencia. En 1717 se fundaba la Universidad de Cervera y se suprimían las de Lérida, Barcelona, Gerona, Tarragona, Vich y Tortosa. La enseñanza del griego y del latín, regulada por los estatutos de 1726, 1749 y 1762 apenas sin alterarse fue confiada a la Compañía de Jesús. El aprendizaje del griego se reservaba a los alumnos "de más ingenio, y de más aplicación, y más hábiles en latín". Un mismo profesor tomaba a su cargo las dos lenguas clásicas, y de acuerdo con la *Ratio studiorum* el alumnado se dividía en las clases de mínimos, menores, medianos y mayores. La formación lingüística se completaba con la cátedra de letras humanas. Entre los once profesores cerverienses mencionados por Concepción Hernando algunos,

como José Finestres y Bartolomé Pou, son figuras de cierta talla. La expulsión de los jesuitas en 1767 supuso la extinción definitiva del griego en la Universidad de Cervera.

Tampoco era mucho mejor la situación del griego en las instituciones dependientes de la Compañía de Jesús. En el momento de la expulsión había en España 118 casas, residencias y colegios jesuíticos, pero el griego, salvo en la ya mencionada Universidad de Cervera y en Villagarcía de Campos brillaba por su ausencia allí donde hubiera debido figurar obligatoriamente de acuerdo con la *Ratio Studiorum* o de los convenios establecidos con las Universidades. Así, ni en la de Sevilla, ni en el Colegio Imperial de Madrid se dio una sola clase de esta lengua. Con todo, hay una meritoria excepción que merece consignarse. En 1755 fue nombrado prefecto del Colegio de Villagarcía de Campos el padre Francisco Javier de Idiáquez, un aristócrata emprendedor, que en los pocos años que estuvo en el cargo (hasta 1762) logró dar una vitalidad increíble a una institución que desde su fundación en pleno páramo castellano por Magdalena de Ulloa en 1576 había arrastrado una vida lánguida^[51]. Con los mejores tipos latinos y griegos que hizo venir de Madrid y de Holanda montó una imprenta a cuyo frente puso al hermano Juan José Palacios que había sido impresor antes de su ingreso en la Compañía. En 1757 se compuso en ella un folleto con las principales oraciones (Ave María, Credo, y Salve) en latín y griego. En 1761 aparecía un volumen de *Opuscula Graeca* para uso de los colegiales que contenía las *Fábulas* de Esopo, las *Odas* de Anacreonte, la *Batracomiomaquia*, la *Primera Filípica* de Demóstenes, y una *Carta* de San Basilio el Grande a San Gregorio. Ese mismo año apareció también el *De imitatione Christi* de Tomás de Kempis con su traducción al griego de Jorge Mayr.

En la reforma de los planes de estudios universitarios, proyectada por los ministros de Carlos III a raíz de la expulsión de los jesuitas, se pretende reforzar la enseñanza de la lengua griega, aunque con escaso éxito a decir verdad. A la propuesta de dotar una cátedra de la materia, responden negativamente las Universidades de Santiago, Oviedo, Granada y Sevilla. Frente a la renuencia de las viejas instituciones docentes, sólo quedaba el remedio de introducir la enseñanza del griego en las de nueva creación. Y así se hizo en los Reales Estudios de San Isidro^[52], implantados por iniciativa regia en las instalaciones del antiguo Colegio Imperial, en los que se dotó una cátedra y una pasantía de griego, que respectivamente ganaron por oposición Juan Domingo Cativiela y Casimiro Flores Canseco en 1771. Muerto Cativiela en 1777,

ocupó su puesto Flores Canseco, y la pasantía José Oromi, a quien sucedería en 1797 José María Gómez Hermosilla.

Por deseo de Carlos III y contra la voluntad de los frailes, se crearon en el monasterio de San Lorenzo el Real del Escorial tres cátedras, de griego, hebreo y árabe. Para la primera de ellas fue designado el bienintencionado fray Juan de Soto, quien cumplió lo mejor que pudo su deber frente a la resistencia pasiva e inveterada rutina de la orden jerónima en cuyos estatutos no figuraba el estudio y sí el coro y la oración. En 1798, el prior del monasterio, fray Crisanto de la Concepción, estimaba “no necesarias y superfluas” las cátedras creadas por puro capricho regio en San Lorenzo y en 1806 la comunidad solicitó su abolición.

Esta nueva disposición de los altos representantes del Estado frente a la lengua griega fue precedida de un cambio en la valoración social de ésta originado por el complejo de inferioridad español y por el patriótico deseo de superarlo. Así, frente al estudio de las lenguas modernas, especialmente del francés, preconizado por el padre Feijóo^[53] y sus seguidores para modernizar el país, otra corriente de nuestros ilustrados pretendía recuperar en el retorno a las lenguas sabias, el griego, el hebreo, el árabe y el latín, el esplendor cultural perdido.

Es ésta la actitud del deán de Alicante, Manuel Martí^[54], que imita su devoto discípulo, Gregorio Mayans^[55], y adoptan los corresponsales de éste, los médicos Luis Millera, Andrés Piquer, Antonio Capdevila^[56], el bibliotecario de la Biblioteca Real, Manuel Martínez Pingarrón^[57], el eclesiástico Francisco Pérez Bayer, el cual fue familiar del arzobispo de Valencia, y el futuro director de los Reales Estudios de San Isidro, Manuel de Villafañe. Todos ellos fueron autodidactos y aprendieron por su cuenta el griego en edad adulta^[58]. Algunos como Andrés Piquer y Francisco Pérez Bayer adquirieron un buen dominio de dicha lengua.

Ese afán de retorno a las fuentes del saber contenido en las lenguas sabias, como a la sazón se llamaba a las denominadas hoy despectivamente ‘muertas’, es el que animó también a algunos jesuitas, como el P. Idiáquez en Villagarcía de Campos, el P. Andrés Marcos Burriel en Alcalá de Henares^[59], donde trabajó el malogrado Antonio Martínez de Quesada^[60], y algunos profesores de Cervera, aunque los frutos de sus estudios se verían después en el exilio italiano, como ha puesto de relieve el P. Miguel Batllori^[61].

Un importante centro de aglutinación de helenistas fue la Biblioteca Real en la que trabajó desde 1729 don Juan de Iriarte, que en su juventud y adolescencia había recibido una buena formación humanística en Francia. A ella estuvieron vinculados Joseph Rodríguez de Castro, Juan Antonio Pellicer y Saforcada, y Cándido María Terreros, personajes todos ellos con ciertos conocimientos de griego, según el testimonio de Juan Sempere y Guarinos^[62].

Otra corriente de helenismo tiene su origen en el que fuera profesor de lenguas vivas de los guardiamarinas y director de los Estudios de Cádiz, don Joseph Carbonel, el cual inició en la lengua griega al joven Campomanes. Éste, que nunca olvidó la importancia que tuvo para su carrera política su edición del *Periplo de Hannón*^[63], fue un firme defensor del estudio del griego y favoreció a incipientes helenistas, como Jacinto Díaz de Miranda^[64], y ‘sabios’ oficiales como el P. fray Juan de Cuenca^[65], cuya familiaridad palaciega con Carlos IV y su esposa María Luisa de Parma contribuyó a dar prestigio social a la lengua de Homero^[66].

Con todo, pese al peso que en la Corte pudieran tener los grupos de presión cultural mencionados, el valenciano influido por el deán Martí a través de Gregorio Mayans, el canario de los Iriarte, y el asturiano de Pedro Rodríguez Campomanes y su círculo, tanto en el reinado de Carlos III como en el de Carlos IV, los principales focos de helenismo fueron la Universidad de Salamanca y los Reales Estudios de San Isidro, lo que tuvo una importante repercusión en el mundo editorial. Si en la primera mitad del siglo XVIII sólo se publicaron la *Cartilla* de Elizondo^[67], las *Institutiones* de Javier Sánchez de Luna en Nápoles (1751) y la *Gramática* de José Petisco en Villagarcía de Campos, en su último tercio los mejores editores madrileños, con una tipografía espléndida, publican más obras de esta índole de las que en conjunto vieron la luz en los siglos XVI y XVII. En 1766 Ibarra corre de molde la *Gramática griego-literal* de fray Pedro Antonio Fuentes y el *Nuevo método* de Miguel Azero Aldovera. En 1771 Antonio Pérez de Soto imprime la *Gramática filosófica* de fray Bernanrdo de Zamora. Antonio de la Sancha hace lo propio en 1789 con la *Gramática* de fray Juan de Cuenca. En Salamanca, para ayudar a aprender griego sin la ayuda de maestro a gente deseosa de cultivarse que no estaba ya en edad de acudir a la escuela, Juan Antonio de Lasanta publica los *Elementos* de José Ortiz de la Peña, una obrilla que tiene el interés de contener la primera poesía publicada de Meléndez Valdés^[68] Pero la más original

aportación de los ilustrados españoles al helenismo fueron las dos primeras gramáticas de griego moderno que han visto la luz en nuestra lengua: la cuadrilingüe griego-latín-español-italiano del franciscano Pedro Mercado (*Institutiones Linguae Graecae-Vulgaris*, Roma, 1732)^[69] y la *Gramática vulgar griego-española* (Madrid, Joaquín Ibarra, 1775) de su hermano de orden Pedro Antonio Fuentes^[70].

En resumen, los ilustrados españoles finiseculares, lejana ya la fecha (1751) en que Antonio Martínez de Quesada muriera “de hambre y de aflicción de espíritu como buen sabio español”^[71], vieron en el estudio del latín y del griego no sólo un medio de incorporarse a la cultura europea, sino también un instrumento de promoción social, que en algunos casos funcionó, como en el de don Juan Iriarte y sus sobrinos, en el de Pérez Bayer, Rodríguez Campomanes y su protegido Jacinto Díaz Miranda, que fue recibido en la Real Academia de la Historia sin apenas otro mérito que su traducción de los *Soliloquios* de Marco Aurelio. Desde este punto de vista, como ya he advertido arriba, la Ilustración dieciochesca española se podría considerar en parte como un intento anacrónico de recrear el Renacimiento.

[1] El dicho es de Juan de Lucena, *Epístola exhortatoria de las letras*, en Paz y Melia, Antonio (ed.), *Opúsculos literarios de los siglos XIV a XVI*, Madrid, Sociedad de Bibliófilos Españoles, 1892, p. 212.

[2] Cf. Haebler, Conrado, *Bibliografía ibérica del siglo XV. Segunda parte*, Leizig, Hiersemann, Karl W., La Haya, Martinus Nijhoff, 1917, reimpr. Ollero, Julio, 1992, no. 542(8).

[3] Se realizó en circunstancias un tanto novelescas, cuyo relato hacen así los impresores: *Hoc opus grammaticae ex pirata(rum) rapinis i(n) barcyonnis littore expositum: cum Iohannes peyronus Serenissimi Aragonum Regis Secretarius, vir & si hispanus, latinus tame(n) & in latio educatus, ac alii quidam litterati homines legissent: maxime admirati, a Iohanne de Salsburga & Paulo de Constantia germanis: qui tu(m) ibi forte adera(n)t imprimi curarunt. Hoc saltem benefitii patriae (cui o[mn]ia debentur) ferre stude(n)tes: vt exhorrida culta fieret & et pro Barbarie, latinitatem indueret. Quod fuit perfectum Pridie Idus Decembris Anno Christianae salutis. M.CCCC.LXXV.* De acuerdo con la noticia, se expondría en la playa de Barcelona, entre otras cosas procedentes del botín de unos corsarios, la gramática latina de Perottus, que leería entre otros *litterati* Juan Peiró, Secretario del Serenísimo Rey de Aragón, “que aunque español, sabía latín y se había educado en el Lacio”. Admirados, decidieron que Juan de Salzburgo y Pablo de Constanza, que estaban por casualidad en la ciudad, la imprimieran para que la patria “de tosca se hiciera culta, y en lugar de la barbarie se adornara con la latinidad”. El texto, aparte de ser un testimonio más de la ‘barbarie hispánica’, reconocida como algo congénito a los *hispani* por el redactor de estas líneas, tiene un valor inestimable para la historia de la tipografía española por ser uno de los primeros colofones completos de los impresos españoles. Conserva el prólogo de la edición romana de De Lignamine (1474), lo que permite observar que la tipografía del Perottus barcinonense se adaptó al modelo de la edición romana.

[4] “Two Notable Acquisitions of Spanish Incunabula”, *British Museum Quarterly* 20, n.º. 3 (1956), p. 57.

[5] “The first Use of Greek Type in Spain”, *Gutenberg Jahrbuch* 1960, pp. 93-95.

[6] *The Printing of Greek in the Fifteenth Century*, Oxford, University Press, 1900, p. 144.

[7] Se conservan veinte (de los veinticuatro) caracteres de la caja baja, no aparecen z,q,x y y, la g y la m siempre son mayúsculas, y en la n alternan la caja baja y la alta. En lugar de u, siempre aparece n.

[8] En sus *Annotationes contra Erasmus*, Alcalá, 1520, f 3v dice de él que introdujo las letras griegas en España hacía treinta años.

[9] En su *De Hispaniae laudibus*, Burgos, 1497, le califica de maestro de griego. Debo ésta y la anterior referencia a Bataillon, Marcel, *Erasmus y España. Estudios sobre la historia espiritual del siglo XVI*, México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1966², p. 19, nota 32.

[10] Cf. Bataillon, . M., o. c., l. c.

[11] RF 57= n.º 57 en Ruiz Fidalgo, Lorenzo, *La imprenta en Salamanca (1501-1600)*, Madrid, Arco libros, 1994.

[12] N 392 = n.º 392 en Norton, Frederick J., *A descriptive Catalogue of Printing in Spain and Portugal 1501-1520*, Cambridge, University Press, 1978.

[13] MA 18= n.º 18 en Martín Abad, Julián, *La imprenta en Alcalá de Henares, 1502-1600*, Madrid, Arco libros, 1991, 3 vols.

[14] *Printing in Spain, 1501-1520. With a Note on the Early Editions of the "Celestina" (The Sandars Lectures in Bibliography, 1963)*, Cambridge University Press, 1966, pp. 24 y 194.

[15] *Estudio paleográfico y bibliográfico de los libros impresos en griego en España en los siglos XVI, XVII y XVIII*. Memoria de Licenciatura mecanografiada. Universidad Complutense, 1977, 2 vols, cf. vol. I, p. 20.

[16] Sobre su figura, vide De Asís Garrote, María Dolores, *El Comendador griego Hernán Núñez de Guzmán*, Salamanca, Universidad, 1974 y *Hernán Núñez en la historia de los estudios clásicos*, Madrid, 1977. Ahora contamos con las importantes monografías de Codoñer, Juan Signes, Codoñer, Carmen y Domingo Malvadi, Arantxa, reunidas en *Biblioteca y epistolario de Hernán Núñez de Guzmán (el Pinciano). Una aproximación al humanismo español del siglo XVI*. Nueva Roma 14, Madrid, CSIC, 2001.

[17] Una sugestiva descripción de los primeros pasos de la Universidad alcalaína puede leerse en, Alvar Ezquerro, Antonio, *La Universidad de Alcalá de Henares a principios del siglo XVI*, Alcalá de Henares, Universidad, 1996.

[18] Cf. Rausell Guillot, Helena, "Cosme Damián Savall: un humanista en el *Estudi General* de Valencia", *Estudis* 24 (1997), pp. 41-73.

[19] Sobre este humanista, cf. Almenara Sebastià, Miguel, "P.- J. Olivar, Cortesano e Historiador de Enrique VIII" en Pérez i Durà, Jordi y Estellés, José María (eds.), *Los humanistas valencianos y sus relaciones con Europa: de Vives a Mayans*, Valencia, Ajuntament, 1998, pp. 37-56.

[20] Cf. Gil Fernández, Luis, "Advertimiento del maestro León de Castro sobre la impresión de la Biblia Quinquelingüe" en Codoñer, Carmen et alii (eds.), *Stephanion. Homenaje a C. Giner*, Salamanca, 1988, pp. 45-53.

[21] Cf. García Martínez, Sebastián, "Sobre la introducción del helenismo en la Universidad de Valencia durante la primera mitad del Quinientos", *Actes du 1^{er} colloque sur le pays valencien à l'époque moderne*, Paris, 1980, pp. 363-397.

[22] Art. cit., p. 389.

[23] Sobre su figura véase la excelente monografía de Barbeito Díez, Pilar, *Pedro Juan Núñez, humanista valenciano*, Valencia, Biblioteca Valenciana, Colección Ideas, 2000.

[24] Cf. De Lozoya Elzáurda, Teófilo, “El griego en la Universidad de Toledo”, *CFC* 16 (1979-80), pp. 177-198.

[25] López Rueda, José, *Helenistas españoles del siglo XVI*, Madrid, CSIC, 1973.

[26] La frase corresponde a los *Bobadillae Monumenta*, p. 614. En París, adonde Diego de Bobadilla había ido con ánimo de instruirse en griego, hebreo y latín, advertido quizá por Diego de Gouvea con esa frase y aconsejado por Ignacio de Loyola, desistió de su propósito y se dedicó a estudiar teología escolástica. El *dictum* daría lugar a los castellanos “los que helenizan luteranizan” y “griego sin teología conduce a la herejía”. Debo las referencias a García Villoslada, Ricardo, *Loyola y Erasmo, dos almas, dos épocas*, Madrid, Taurus, 1965, pp. 163 y 166-67, nota 61. Este mismo autor (o. c., p. 165, nota 60) aduce el testimonio del humanista portugués Diego de Teive que confirma ese prejuicio. Esta vez es un encausado por la Inquisición quien dice: *praesertim qui graecam linguam callerent pro suspectis haberentur; horum ego, cum litteris graecis studebam, consuetudinem secutus sum, nec quidem nego me familiaritatem cum quibusdam inivise, qui postea suspecti habitus sunt et haereseos tandem accusati* (Brandão, Mario, *O processo na Inquisição de Mestre Diogo de Teive*, Coimbra, Universidade, 1943, p. 67. El prejuicio contra los helenistas tiene su origen en la rivalidad de los teólogos de la Sorbona con los humanistas del Colegio Real.

[27] El P. Jerónimo Nadal (*Scholia in Constitutiones*, Prato, 1883, pp. 81-82) explica: *Viderat exempla P. Ignatius quod Lutetiae plerique (et in Germania audierat plures) per studia litterarum graecarum absque teologia evanescebant et ad novitates fidei abducebantur. Hoc igitur periculum voluit in nostris caveri. Verum experientia comperimus illud nihil nocere nostris* (cf. o. c., p. 164, n. 58).

[28] Dedicatoria al Rector de la Universidad de Salamanca de su *Gramática Griega escrita en castellano*; cf. López Rueda, José, o. c., p. 246.

[29] “El alfabeto griego usado como cifra mercantil”, *Erytheia* 27 (2006), pp. 129-133.

[30] P. e. los números siguientes en Martínez Kleiser, Luis, *Refranero general ideológico español*, Madrid, Hernando 1959³: 19.225 *Certum, vertum, capitulum disertum*, 23. 228 “Estudiante de cuandoque, que tenemos por almodrote”, 23.230 “Estudiante de hique hoque, pan tostado con arrope”, 23.231 *Quando canales currunt, escolares non concurrunt*, 25. 065 “Fraile andariego, mujer que habla latín y golondrina en febrero, mal agüero”, 38.960 “Ni moza marina, ni adivina, ni mujer latina, ni mozo Pedro en casa, ni pozo a la puerta, ni abad por vecino, ni moral en el corral”, 41.727 “De hombre cominero y ruin, de mujer que habla latín y de caballo sin rienda Dios nos libre y nos defienda”.

[31] P. 598 ed. Ortola, Marie-Sol.

[32] *Ibid.*, p. 96.

[33] *Ibid.*, p. 598.

[34] *Ibid.*, p. 545.

[35] *Helenistas españoles del siglo XVII*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1988. Su trabajo sustituye al muy general de De Andrés, Gregorio, *El helenismo en España en el siglo XVII*, Madrid, Fund. Univ. Esp., 1976.

[36] Cf. Gil Fernández, Luis, “Entre clérigos anda el juego. La versión griega de los *Martialis disticha* del dean Martí y el *lusus convivialis* de Interián de Ayala”, *CFC (G)* 1 (1991), pp. 29-42.

[37] Sobre su persona y obra, cf. De Andrés, Gregorio, *El maestro Baltasar de Céspedes, humanista salmantino y su “Discurso de las letras humanas”*. Estudio biográfico y edición crítica, El Escorial, 1965.

[38] Sobre este curioso personaje, colegial en Roma y portador de una embajada georgiana a Felipe IV, cf. Tzirpavnlh, Zacariva N., *To; @Ellhniko; Kollevgio th" @Rwvmh" kai; oiJ maqhtev" tou*, Qessalonivkh, 1980, pp. 333-35 y los artículos de Gil Fernández, Luis, “La ‘Relación de la Iberia’ de Constantino

Sofía”, CFC (1992), pp. 37-51 y “Constantino Sofía, ‘intérprete’ mesiánico”, en *La religión en el mundo griego, de la Antigüedad a la Grecia moderna*, Universidad de Granada, 1995, pp. 339-446.

[39] Cf. La cita en Gil Fernández, Luis, *Panorama social del Humanismo español (1500-1800)*, Madrid, Alhambra, 1981, p. 592, nota 95.

[40] O. c., p. 593.

[41] Debo la cita a Simón Palmer, José, o. c. en nota 15, n.º. 80.

[42] *Santiago el Verde*, Acto 1º, vv. 852-856. Debo la referencia a Bell, Aubrey F. C., *El Renacimiento español*, Málaga, Facsímil –Universidad, 2004, p. 51, nota 90.

[43] Ruiz de Alarcón, Juan, *El examen de maridos*. Acto 2º, v. 14. Debo la referencia a Bell, Aubrey F. C. o. c., l. c.

[44] De Covarrubias y Orozco, Sebastián, *Tesoro de la lengua castellana o española*, ed. de De Riquer, Martín, Barcelona, Editorial Alta, 1993, s. v. “Grecizar”, p. 659. Fue Sebastián sobrino de Diego de Covarrubias y Leiva, eminente jurista y teólogo, que reunió una numerosa colección de códices griegos (cf. De Andrés, Gregorio, “La colección de códices griegos de Diego de Covarrubias, obispo de Segovia”, *Bol.Real Acad. Hist.* 163 (1968), pp. 229-34.

[45] Como punto de comparación para los que aún recuerdan las ‘depuraciones’ de los territorios ocupados en nuestra última contienda civil, se debe señalar que Madrid cambió tres veces de bando, al ser ocupada por los partidarios del Archiduque en 1706 y 1710.

[46] Cf. Gil Fernández, Luis “La España de Felipe V vista por el deán Martí”, *Homenaje a Pedro Sáinz Rodríguez*, Madrid, Fund. Univ. Esp., 1986, vol. 3, pp. 279-303.

[47] *Helenismo e Ilustración (el estudio del griego en el siglo XVIII español)*, Madrid, Fund. Univ. Esp., 1975.

[48] Sobre las incidencias de las oposiciones a las cátedras de griego y gramática de la Universidad de Barcelona en los primeros años del siglo XVIII y el trasfondo de la oposición a la de griego de Salamanca en 1764, cf. Gil, Luis – Hernando, Concepción “Sobre las oposiciones de griego en el s. XVIII”, *Habis* 6 (1975) pp. 93-97 y “Sobre el trasfondo de las oposiciones de 1764 a la cátedra de griego de Salamanca”, *Habis* 7 (1976), pp. 11-123.

[49] Cf. Gil Fernández, Luis, “Una poesía juvenil desconocida de Meléndez Valdés”, *Prohemio* 5 (1974), pp. 65-74.

[50] Cf. Hernando, Concepción, “El griego, el Consejo del Reino y la Universidad de Alcalá en el siglo XVIII”, *CFC* 4 (1972), pp. 493-516.

[51] Sobre el Colegio, vide Pérez Picón, Conrado, S. I., *Un Colegio ejemplar de Letras Humanas en Villagarcía de Campos (1576-1767)*, Santander, Sal Terrae, 1983.

[52] Cf. la espléndida monografía de Simón Díaz, José, *Historia del Colegio Imperial de Madrid (Del Estudio de la Villa al Instituto de San Isidro, 1346-1955)*, 2ª edición actualizada, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1992, y las más breves de Bartolomé Martínez, Bernabé, “Educación y humanidades clásicas en el Colegio Imperial de Madrid durante el siglo XVIII”, *Bulletin Hispanique* 97 (1995), pp. 109-155, y Viñao, Antonio, “Por un análisis socio-cultural de la élite intelectual y académica: los profesores y bibliotecarios de los Reales Estudios de San Isidro (1770-1808)”, *Bulletin Hispanique* 97 (1995), pp. 299-315.

[53] Cf. Gil Fernández, Luis “Algo sobre el humanismo español en tiempos de Feijoo”, en Filgueira Valverde, José, Pérez Rioja, José Antonio, Menéndez Coto, Manuel, Gil, Luis–Hernando, Concepción *Estudios sobre Feijoo y Sarmiento*, Cuadernos de la “Fundación Pastor” 31, Madrid, 1983, pp. 91-104.

[54] Su figura ha sido estudiada exhaustivamente por Mestre Sanchis, Antonio, *Manuel Martí, el Deán de Alicante*, Alicante, Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, 2003.

[55] Editó su correspondencia Mestre, Antonio, *Gregorio Mayans y Siscar, Epistolario III: Mayans y Martí. Transcripción, notas y estudio preliminar*, Valencia, Publicaciones del Ayuntamiento de Oliva 5, 1973.

[56] Publicado por Peset, V., *Gregorio Mayans y Siscar, Epistolario I: Mayans y los médicos. Transcripción, notas y estudio preliminar*, Valencia, Publicaciones del Ayuntamiento de Oliva 3, 1972.

[57] Los tres volúmenes que comprende su correspondencia (Publicaciones del Ayuntamiento de Oliva 16-18) han sido preparados por Mestre, Antonio, *Gregorio Mayans y Siscar. Epistolario VII, Mayans y Martínez Pingarrón, 1: Historia Cultural de la Real Biblioteca*, Valencia, 1987, *Gregorio Mayans y Siscar, Epistolario VIII, Mayans y Martínez Pingarrón, 2: Los manteístas y la cultura ilustrada*, Valencia, 1988, y *Gregorio Mayans y Siscar, Epistolario IX, Mayans y Martínez Pingarrón, 3: Real Biblioteca y Política Cultural*, Valencia, 1989.

[58] Gregorio Mayans, que les asesoraba sobre cómo iniciar el aprendizaje del griego, les advertía de que la *Cartilla* de Elizondo, la *Grammatica Graeca* del Brocense y el *Trilingüe de tres lenguas, castellana, latina y griega* todas en Romance, requerían la ayuda de maestro. A su juicio, las más apropiadas para estudiar por sí sólo eran la de fray Martín del Castillo y la de Pedro Simón Abril, cf. Gil, L. “El griego en la educación de las élites españolas del siglo XVIII”, en *La Culture des Élites Espagnoles à l'Époque Moderne, Colloque de Bordeaux, 18-20 mai 1995, Bulletin Hispanique* 97 (1995), pp. 279-296.

[59] Mantuvo con Gregorio Mayans un interesantísimo intercambio epistolar desde 1744 prácticamente a lo largo de toda la centuria, que ha sido publicado por Mestre, Antonio, *Gregorio Mayans y Siscar, Epistolario II: Mayans y Burriel. Transcripción, notas y estudio preliminar* (Publicaciones del Ayuntamiento de Oliva 4), Valencia, 1972.

[60] Cf. Gil, L. , “Un helenista español desconocido: Antonio Martínez de Quesada (1718-1751)”, *Boletín de la Real Academia Española* 54 (1974), pp. 379-437.

[61] *La cultura hispano-italiana de los jesuitas expulsos españoles, hispanoamericanos, filipinos, 1767-1814*, Madrid, Gredos, 1966.

[62] Véanse los correspondientes artículos en su *Ensayo de una biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III*, Madrid, Imprenta Real, 1785, Gredos, ed. facsimilar 1969, 3 vols.

[63] Sobre el tema, cf. Gil Fernández, Luis, *Campomanes, un helenista en el poder*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1976 y “Sobre el Periplo de Hannón de Campomanes”, *CFC(G)* 13 (2003), pp. 213-237.

[64] Sobre el personaje, cf. Gil Fernández, L. , “Jacinto Díaz Miranda, colegial de San Clemente y traductor de Marco Aurelio”, *Studia Albornotiana* 37 (1979), pp. 565-682.

[65] Cf. Justel Calabozo, Braulio, *El monje escurialense Juan de Cuenca (Estudioso y cortesano, helenista y arabista)*, Cádiz, Universidad, Servicio de Publicaciones, 1987.

[66] La propia reina le llegó a insinuar en uno de sus frecuentes discreteos con el fraile que “a su tiempo el príncipe (*scil.* el futuro Fernando VII) aprenderá su poquito de Griego” (cf. Justel Calabozo, B., o. c., p. 51).

[67] En realidad obra del P. Dutari, Jerónimo, como el propio Elizondo le confesó a Gregorio Mayans.

[68] Vide Gil, L., “Una poesía juvenil desconocida de Meléndez Valdés”, *Prohemio* 5 (1974), pp. 65-74.

[69] Cf. Gil, Luis, “Las dos primeras gramáticas españolas de griego moderno: I (Mercado, 1732)”, *Erytheia* 24 (2003), pp. 207-220.

[70] Cf. Id., “Las dos primeras gramáticas españolas de griego moderno: II (Fuentes, 1776), *Erytheia* 25 (2004), pp. 223-231.

[71] Con estas lapidarias palabras comunica el P. Burriel a Gregorio Mayans, en una breve misiva del 16 de abril de 1751 (*Ep.* n.º. 219 Mestre), el fallecimiento del malogrado helenista.